

lera apoyada en el brazo de su hermano, se conocía la falta de vista; pero Julia alcanzó á distinguir desde su ventana, los grandes y negros ojos de la Marquesa, tan abiertos como si estuviesen llenos de vida y de luz.

## XII.

A las tres de la tarde del día siguiente, la misma camarera, á quien Julia había dado el encargo de pedir permiso á la Marquesa para saludarla, entró á decirle que aquella señora la esperaba y deseaba verla.

Julia salió presurosa, no atreviéndose á llevar consigo á los niños, y pensando con razon que su padre querría presentarlos ceremoniosamente á la Marquesa.

Esta se hallaba recostada en un canapé; llevaba un traje de terciopelo color de cereza, adornado de encajes y una cófia tambien de encaje; un collar de gruesas perlas ceñía su cuello y armonizaba con sus ricos pendientes; una profusion de cabellos rubios, cuyo color armonioso no había podido aún blanquear el tiempo, se escapaba de su escofieta como una lluvia de oro.

Por un capricho de la naturaleza, las cejas de la Marquesa, sus ojos y sus pestañas, eran negros como el azabache; su nariz recta, su boca pequeña y sen-



sual, conservaban aun una gran parte del encanto de la juventud; sus manos eran admirables, lo mismo que sus pies, que mecía y enseñaba con una gran coquetería.

Sin embargo, á través de una indisputable belleza, y de una distinción que tenia no poco de imponente, la señorita Lespinasse vió un poderoso auxiliar; la Marquesa estaba pintada con exajeración, y en sus mejillas se veían lunares postizos puestos con tanta maestría, como si la persona que los llevaba contase sólo veinte años; su talle perfecto estaba, no obstante, muy comprimido; y Julia se preguntó, con dolorosa sorpresa, por qué la Marquesa á su edad se mortificaba de aquella suerte, y más estando sumergida en una oscuridad completa.

Querida mia, dijo Mad. Du-Deffant, que habia oido las ligeras pisadas de Julia; seais bien venida; no sabia que tenia tan bella huésped a mi hermano, porque éste sólo dice lo que quiere; pero me he alegrado mucho de hallaros aquí, y vuestra compañía será para mí como un perfume de juventud que me recordará la mia, pasada ya; como una poesía viviente, que disipará la prosa de mi calabozo eterno.

—Yo valgo muy poco para alcanzar tan dichosos fines, señora, dijo Julia tomando la mano que la Marquesa le tendía, y estampando en ella un respetuoso beso; pero lo que valgo es vuestro, y si mi compañía puede seros grata, no os faltara duran-

te todo el tiempo que mis obligaciones me dejen libre.

—¿Sois el aya de los hijos de mi hermano?

—Sí, señora.

—Amelia me ha dicho que vuestra instrucción es muy poco comun y que poseis un verdadero y elevado talento; tampoco me ha ocultado lo que el carácter desapacible é imperioso de mi hermano os hace sufrir.

La señorita Lespinasse guardó un prudente silencio, no queriendo caer en el lazo que temia se le estaba tendiendo.

—Por más que no me concedais que mi hermano es casi feroz, yo lo sé, continuó la Marquesa con una irreflexion muy chocante en su edad; yo soy una de las víctimas de su carácter, y lo he sido más; pero sólo salí de su poder para caer en otro peor; en el de mi marido, al que sufrí algun tiempo porque me casaron con él siendo muy niña; mas de quien me separé, apenas pude tener una voluntad; decidme, ¿por qué habeis venido á esta casa, que tiene tanto por lo ménos de convento como de prision?

—He venido, señora, para hallar en ella un asilo seguro y decente, contestó Julia, que, aunque admirada de la volubilidad de su interlocutora, sentia, no obstante, dilatarse su corazon al contacto de aquel carácter á la vez enérgico y franco.

—¿No tenéis padres? preguntó Mad. Du-Deffant.



—No señora, respondió Julia.

—¿Y hermanos?

—Tampoco; porqué los que tengo no me miran como á tal.

—¿De modo que no dependeis de nadie?

—Desgraciadamente no, señora.

—¿Ni contais con medio alguno de vivir?

—Sólo con una modesta pension y con lo que mi trabajo me proporeiona.

—¿Sois de familia regular?

—Mis padres eran de la primera nobleza, respondió Julia con melancólico orgullo.

—¿Dónde viven?

—Soy huérfana, señora.

—Yo pensaré en vuestro porvenir, querida mia, dijo la Marquesa afectuosamente; y por lo pronto, sabed que me haceis un gran favor con venir á hacerme algun rato de compañía el tiempo que permanezca en casa de mi hermano, que no será mucho. Igualmente os pido que no dejéis de asistir por las noches al salon; es una cosa verdaderamente inhumana el que os dejen pasar sola las veladas en vuestro aposento con vuestro talento y esmerada educacion.

Después de haber pronunciado estas palabras con una gracia y una sensibilidad inimitables, Mad. Du-Deffant, habló con Julia de artes y literatura, admirándose de lo profundo y vario de los conocimientos

que atesoraba, y despidiéndose de ella con verdadero afecto.

Julia salió de la habitacion de la Marquesa con el corazon más consolado, y por decirlo así, más alegre; habia hallado un sér inteligente que la comprendia; habia desaparecido en parte el manto de hielo del frio egoismo que la envolvía desde hacia tanto tiempo; aquella alma entusiasta, aquella viva imaginacion, habia padecido demasiado en la fria atmósfera en que vejetaba, para no acoger con un júbilo mezclado de gratitud el rayo de sol que se le aparecia.

Excéptica ya en muchos puntos de aquellos que resuelve la razon y la lógica, Julia conservaba, en lo que toca á los sentimientos, una rara virginidad y una adorable frescura de impresiones; habia discurrido y meditado, amarga y quizá demasiado profundamente; pero no habia amado á nadie más que á su madre y á los buenos esposos Lespinasse; y aquel cariño tranquilo y dulce, no podia llenar las aspiraciones de su alma ardiente y esforzada.

Desde el dia en que habló á la Marquesa, la profesó un afecto tierno, y apoyado en una profunda y sólida estimacion de su talento y sobresalientes cualidades.

Mad. Du-Deffant era, como ya queda dicho, hermana de Mr. Vichy; habia sido educada en un convento, y de él salió á los quince años para casarse



con el Marqués Du-Deffant, que ya habia cumplido los cuarenta y ocho.

El Marqués era grave y silencioso; Maria, que éste era el nombre de la Marquesa, lijera, coqueta, se habia casado sólo por el ánsia de brillar, pues su hermosura no la hubiera inclinado hácia aquel esposo, á ser más crecida su fortuna; así es que desde los primeros dias de su union, chocaron aquellos dos caracteres tan opuestos, y Maria empezó á detestar un lazo que no le proporcionaba ninguna ventaja y que le traia muchos sinsabores.

Cinco años arrastraron ambos la pesada cadena, ó más bien la arrastró Maria sola, pues su marido, usando de las prerogativas de la fuerza y del derecho, en nada violentaba sus gustos, ni trató una sola vez de ceder algun tanto en favor de los de su jóven y linda esposa.

Un dia, propuso la Marquesa á su marido una separacion amistosa, y añadió para justificar su pretension:

--Lo que te pido es mi vida y mi tranquilidad; si alguna vez me mirases, verias que mi salud está quebrantada, y que la existencia claustral á que me condenas, es insoportable para mí; así, pues, espero que accedas á mi demanda, y que, entregándome lo poco que poseo, añadas aquello que tu generosidad te aconseje.

El Marqués era un hombre digno, y aunque fati-

gado del mundo y de sus placeres, no habia dejado en él su hidalguia y generosidad; se avino á los deseos de su mujer; le hizo entrega escrupulosa de su escaso dote, y añadió de su propia cuenta y bienes una renta regular y capaz de ponerla al abrigo de todas las necesidades de la vida.

Maria empezó á vivir á su gusto; bien pronto se vió rodeada de adoradores; su casa de París, no muy grande, pero sí muy elegante, se llenó en breve de personas importantes, atraidas por la belleza y el talento de la Marquesa; una jóven de veinte años, que llevaba un titulo, que poseia una fortuna más que regular, que era muy bella y que estaba dotada de un talento extraordinario, aumentado por el estudio, no podia menos de hallar muchos y buenos amigos.

Además, la sociedad francesa, en aquella época, perdonaba muy fácilmente el escándalo, en gracia de la hermosura y del talento; la Marquesa llegó muy pronto á ser una de las mujeres más admiradas y más celebradas de París; se ambicionaba con ánsia el placer de visitarla, y numerosos rivales, se disputaban el honor de atraer sus miradas y de poseer su corazon.

Maria dividia todo su tiempo entre sus libros y el amor; muchas veces se engañó, y amó verdadera y profundamente; pero en breve se convencia de que era su imaginacion solamente la que cubria



aquellos ídolos de galas, y no tardaban en caer del pedestal y en convertirse en polvo, si acaso quería analizarlos su fría razón.

Conoció á uno, sin embargo, superior á los demás, y á éste fué á quien dedicó por más largo tiempo su cariño; era el presidente Henaul, y este hombre eminente supo ser para la Marquesa un amante modelo, y despues el más adicto y entusiasta de sus amigos.

Mas, ¿quién puede lisonjearse de vivir feliz cuando desatiende las leyes del decoro, cuando cierra los oídos á esa voz terrible que se llama CONCIENCIA? La Marquesa, irreligiosa y pesimista, se libró de algunas amarguras, por la misma desgracia de serlo; pero el cielo, que no deja jamás las faltas sin castigo, le impuso el más terrible y más comun entre las personas que se le asemejan.

María, jóven, rica, pues habia aumentado su caudal con algunas especulaciones felices, bella, rodeada de atenciones y de afectos, estaba siempre consumida por el hastío; su fastidio era mortal y le impedía disfrutar de las aparentes ventajas con que le brindaba su suerte; en vano procuraba combatirle con todas sus fuerzas; en vano, porque resistía á todos los remedios y la envolvía como un sudario del que le era imposible salir.

El mundo se encargó de fomentar y de acrecer una funesta propension á sacudir el yugo sacrosanto de la religion, que ya existía en la Marquesa; exce-

sivamente incrédula, no hacía alarde de su excepcionalismo; pero llevaba clavado en el pecho el dardo mortal, y su desventura iba siempre con ella y la seguía á todas partes.

De aquella aridez interior de un alma grande, pero en cuyo fondo se ha apagado la luz fecundadora de la fé, nació el hastío de la Marquesa, y el profundo malestar que la invadía; su razón era más grande que todo cuanto la rodeaba; sus ilusiones no resistían á lo inflexible de su lógica, y como todos los espíritus rebeldes, no quería acatar lo que no llegaba á comprender, sin saber que, en religion, la humildad es la verdadera y única grandeza que nos puede consolar.

Tal era la fatal, pero encantadora mujer, que se interpuso en el camino de Julia Lespinasse; una profunda é intensa simpatía unió á la jóven desilusionada, y á la mujer excéptica, y ya cercana á la vejez.